nobleza de la República, al cristianismo, pero ellos no quisieron renunciar á sus divinidades.

El gefe Español permaneció en Tlaxcala, mientras se le daban informes de la situacion de la ciudad de Méjico, y cuando los obtuvo, marchó hácia allá por Cholula; y en dicha ciudad hubieran quedado sepultados los Españoles, si no hubiesen recibido la denuncia de la matanza formidable que se les habia preparado y que vengó el general espedicionario, encerrando en un patio al ejército cholulés y matando á los soldados sin piedad, al grado de hacer correr arroyos de sangre, sin tener compasion por los lamentos de los moribundos. No contentos con esto los Españoles, todavía llevaron su feroz crueldad, al grado de atravezar en las calles con sus espadas á cuanto Cholulés se les presentaba, y aunque presentaron la resistencia por el instinto de conservacion, no pudiendo vengarse de sus verdugos, recurrieron á varios medios, aunque de nada les sirvió; los Españoles ardieron las casas y las torres, y no se veia mas que un espectáculo aterrador, formado por las llamas, por los cadáveres ensangrentados, por los débiles suspiros de los moribundos y por las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores. Mas de seis mil Choluleses perecieron en esta horrible hecatombe. Los templos y las casas fueron saqueadas, apoderándose los Españoles de las joyas, del oro y de la plata, y los Tlaxcaleses de las ropas, plumas y de la provision de sal. Terminada la catástrofe, se presentó un ejército de veinte mil Tlaxcaleses, para auxiliar á Cortés, pero los hizo volver á su ciudad, y solo conservó consigo para que lo acompañasen á Méjico, á los seis mil hombres que le habian ayudado para castigar á Cholula.

Cortés ensimismado con sus triunfos, mandó una embajada á Moteuczoma, compuesta de mejicanos, mandándole decir que si no era recibido como amigo, entraria á Méjico á fuego y sangre, y sirviéndose además de la impresion causada en el ánimo de los embajadores, por los sucesos ocurridos en Cholula, seguro de que con la relacion que hiciesen de los hechos, amedrentarian al rey mejicano, como en efecto lo consiguió.

Quauhpopoca, señor de Nauhtlan, recibió órden de Moteuczoma para volver á la obediencia á los Totonaques, tan pronto como las fuerzas de Cortés se retirasen de aquellas Costas; ántes de cumplir dicha órden, los amenazó; pero ensoberbecidos los Totonaques con la proteccion de los Españoles, no hicieron caso de las amonestaciones y obligaron á Quauhpopoca á ejecutar excursiones con tropas mejicanas. Los Totonaques se quejaron con el Gobernador de Veracruz, Juan Escalante, y éste envió unos comisionados al gefe mejicano, para que desistiese de su empresa, pero no obtuvo otro resultado, que el de recibir una provocacion para que el negocio se decidiese por medio de las armas. Llegada la accion, triunfaron los Totonaques y los mexicanos se retiraron á Nauhtlan. Esta victoria costó la vida al Gobernador y á seis ó siete soldados Españoles.

Viaje de los Españoles á Tlalmanalco.

Cortés, de Cholula se dirigió á Méjico acompañado de

los Españoles, Tlaxcaleses, Huejotzinques y Choluleses, y en Izcalpan se le presentó una comision haciéndole ver cuál era el camino mas corto y que presentaba ménos obstáculos. Cortés, aprovechándose del aviso, optó por el que era menos distante, y cuando llegaron á un alto monte llamado Ithualco, situado entre los volcanes llamados Popocatepec é Iztacihuatl, tuvieron noticia de la atrevida espedicion del capitan Diego Ordaz, el cual para ostentar valor, subió con otros nueve soldados á la alta cumbre del Popocatepec.

Desde la cima de la cumbre de Ithualco, observaron los Españoles el bellísimo y ameno Valle de Méjico; unos se deleitaban con la contemplacion de sus hermosos lagos, de sus fértiles llanuras, de sus crespadas montañas sempiternamente revestidas de una vegetacion admirable; otros solo pensaban en enriquecerse con la posesion de tan encantadores países; y otros en fin, mas sesudos y reflecivos, se amedrentaban al conjeturar las dificultades que tendrian que vencer, para sacar avante su empresa, al grado de que si Cortés no los hubiera estimulado, habrian regresado sin duda alguna á Veracruz y de allí á su país.

Moteuczóma, consternado por lo ocurrido en Cholula, se refugió en el Palacio Tlittancalmecatl, destinado para tiempos de duelo, y allí ayunó y permaneció ocho dias, invocando la proteccion de los Dioses. Desde allí intentó de nuevo disuadir á Cortés de su viage, comprometiéndose á pagar anualmente un tributo al rey de España, y regalar además cuatro cargas de oro al general Español y una á cada uno de sus oficiales; Cortés no admitió la condicion, aunque aceptó los ricos presentes el que mandó el

monarca mejicano, y en seguida marchó para Tlalmanalco, y de allí á Ajotzinco, pueblo situado en los alrededores de Chalco, y pocos dias despues á Cuitlahuac; de esta última poblacion se dirigieron á Iztapalapan. El príncipe Ijtlijochitl, viendo que Cortés no habia venido por el camino de Calpulalpan, donde lo aguardaba, resolvió salirle al encuentro por donde marchaba, poniéndose á la cabeza de un numeroso ejército, y pasó junto á Tezcuco. Counacatzin, hermano de Ijtlijochitl, que tres años llevaba de estar disgustado con él, le salió al encuentro y lo persuadió para que ámbos se uniesen á los Españoles, movido acaso por el amor fraternal, ó por las ventajas que de esta conducta pudieran sacar ambos. Se dirigieron, pues, á Iztupatatenco, para alcanzar á los Españoles. Cortés, al principio se alarmó con el aprocsimamiento de estas tropas, pero informado de la intencion que traian, salió á recibirlos, y despues de los cumplidos recíprocos, convidaron al general Español á que fuese á Tezcuco. Esta poblacion era algo inferior á Méjico, en cuanto á magnificencia, era la mas populosa de todo el país de Anáhuac. Su jurisdiccion se estendia á Huejotla, Coatlichan y Atenco; tenia ciento cincuenta mil casas. Cortés entró á Tezcuco, acompañado de los dos príncipes y de muchos nobles de Acolhua; fué alojado con su ejército en el Palacio Real.

Entrada de los Españoles á Iztapalapan.

Esta ciudad está situada éntre los lagos de Chalco al Mediodia y de Tezcuco al Norte. El camino para Méjico tiene siete millas y estaba construido y empedrado, sobre las aguas. Su poblacion era de cosa de doce mil casas situadas en isletas con puertas y jardines flotantes. El que mandaba en esta ciudad era Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, é inmediato sucesor de la corona de Méjico; tanto este señor, como su otro hermano Matlatzincatzin, señor de Cuyoacan, dirigieron al caudillo Español con benevolencia, y le prodigaron todo género de consideraciones.

Pocos dias despues marcharon los Españoles y sus aliados hácia Méjico, tocando en su espedicion Megicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan Mizcoac; llegaron á Jolve, lugar que unia aquel camino con el de Coyohuacan. En el ángulo que forma la union de ambos caminos, ecsistia un buen baluarte, con dos torrecillas y circundado por un muro de diez piés de alto, con su corespondiente parapeto y almenas. Este sitio es memorable en la historia, por haber sido el campo de Cortés en el acédio de Méjico. Continuó Cortés su viage, y poco ántes de llegar á la capital, salió á recibirlo Moteuczoma con un gran acompañamiento de nobles, venia en una lujosísima litera cargada por dos nobles, las varillas de ésta eran de oro macizo. El vestido del Monarca era riquísimo, lo cubria un parasol de plumas salpicado con piedras preciosas y oro. Despues de los cumplidos, Cortés obsequió á Moteuczoma con un cordon de oro con cuentas de vidrio, recibiendo en recompensa del presente que habia hecho, dos collares de nacar, del cual pendian algunos cangrejos de oro, de tamaño natural. Despues de esto prosiguieron su marcha llenos de admiracion, por la magnificencia de los edificios y el número de habitantes, hasta que llegaron al palacio del rey Ajayacatl, que se les habia destinado para su alojamiento.

Todos los que observaron aquel recibimiento, quedaron maravillados y aturdidos, unos por la dignacion de su rey y otros por los objetos extraordinarios que veían. Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó hacer una salva de artillería, mas bien llevando por objeto amedrentar á los Mejicanos con el estrépito, que para celebrar aquella solemnidad. Aseguran que el palacio era tan grande, que quedaron cómodamente alojados los Españoles, con sus aleados, las mugeres y servidumbre que les acompañaban, ascendiendo la suma total de alojados, á mas de siete mil personas.

Los alojamientos contenian muebles segun el uso de los Mejicanos; esto es, camas de esteras de junco y de palma, hoyos de lo mismo para servir de almohadas, cortinas de algodon y bancos de una sola pieza.

En algunos el piso estaba esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodon de varios colores.

Llegada la oportunidad ofrecieron á Cortés y á sus capitanes, un magnífico banquete, servido por la nobleza, y al ejército, diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad.

Este suceso tuvo lugar el 8 de Noviembre de 1519.

Libro Noveno.

Despues de la comida, el rey volvió á visitar á Cortés acompañado de su nobleza.

Moteuczoma ofreció al General Español, muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y mas de cinco mil vestidos finísimos de algodon.

Este rey, habiendo tomado asiento, hizo sentar á Cortés; éste le manifestó su inmensa gratitud, pero fué interrumpido su discurso con estas palabras que pronunció Moteuczoma:

"Valiente General, y vosotros sus compañeros; todos mis cortesanos y domésticos, son testigos de la satisfaccion que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos.

Vuestra fama ha engrandecido los objetos, y turbado los ánimos.